



Universidad Autónoma
del Estado de México

Un Cuento Enfermo

Ricardo Cuéllar Santín

Crispimienta • Ilustración





Médico de libros
Especialista en Cuentos

Dr. Canelón Botijas
Médico de libros
Especialista en Cuentos

Dr. Canelón Botijas
Médico de libros
Especialista en Cuentos

Dr. Canelón Botijas
Médico de libros
Especialista en Cuentos

Dr. Canelón Botijas
Médico de libros
Especialista en Cuentos

Dr. Canelón Botijas
Médico de libros
Especialista en Cuentos

Dr. Canelón Botijas
Médico de libros
Especialista en Cuentos



Un Cuento Enfermo

Primera edición, julio 2023

Un cuento enfermo

Ricardo Cuéllar Santín

Segundo lugar del Décimo Concurso de Cuento Infantil

Crispimienta

Ilustración

Javier de Jesús López Castañares

Editor

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C. P. 50000

Tel: 722 481 1800

<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-639-7

Hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad de las personas autoras.

Director del equipo editorial: Jorge Eduardo Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Edith Díaz Porras

Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis

Corrección de estilo: Silvia Martínez García

Diseño y formación: Antonia Aguilar Araujo



Un Cuento Enfermo

Ricardo Cuéllar Santín
Crispimienta • Ilustración



Universidad Autónoma
del Estado de México

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Luja
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración
Jorge Eduardo Robles Alvarez
Director de Publicaciones Universitarias

**Décimo Concurso de Cuento Infantil
del Centro de Actividades Culturales (CeAC)**

Director del Centro de Actividades Culturales
Javier de Jesús López Castañares

Comité Organizador 2023

Javier de Jesús López Castañares
José Roberto Anaya López
Mirna Guadalupe Ramírez Luna
Jesús Eduardo Garduño Espinosa

Jurado del Décimo Concurso de Cuento Infantil

Emily Cohen Abadi
Gabriela Trejo Rodea
Yuritza Areli Medellín Sánchez



Esta vez no fue Rosy, la hermana de Daniel; ni sus papás; ni Dino, su perro, quienes se enfermaron, sino uno de sus cuentos. Un cuento que Daniel hizo de tarea y en el que obtuvo “excelente” como calificación.

Lo hizo con ilustraciones que le ayudó a hacer Rosy: castillos y reyes; princesas y caballeros; dragones y animales feroces; aves, conejos silvestres y muchos animales más de todos tipos. Le quedó tan bien que la maestra lo invitó para que lo leyera frente a la escuela en la ceremonia de los lunes. Daniel aceptó la propuesta.

Estaba revisándolo cuando todo comenzó a suceder.

Era viernes, faltaban tres días para la ceremonia, pero al estar dibujando una ardilla en la copa de un árbol, el cuento empezó a verse diferente. Parecía que el papel estuviera palideciendo, como si tomara un color extraño.

Además, todo el **cuento** parecía ponerse mal. A las páginas de la seis a la ocho se les inflamaron las vocales y, de lo gorditas, comenzaron a juntarse y a apretarse unas con otras.

Pero, lo más sorprendente fue que las últimas hojas se llenaron de pequeños granitos y ronchas, tantos, que era imposible leer siquiera una sola de las palabras escritas.

Al ver su cuento, **Daniel** quedó desconcertado; y **Rosy**, tanto como él.

Lo que estuviera sucediendo se había propagado desde la primera página hasta la última, como si se tratara de una fuerte infección.

Hubieran podido consultar a su **papá**, solo que él aún no llegaba del trabajo.

Su **mamá** tampoco andaba por allí, había salido de compras.

Rosy, confundida, sin saber qué pensar, se dio la vuelta y mejor se fue:

—¿Sabes, **Daniel**?, creo que estás metido en un verdadero problema! —le dijo antes de salir de su cuarto.



Daniel hubiera querido hacer lo mismo, dejar todo e irse a jugar con sus amigos o a ver la tele, pero no era fácil evadir el problema. Su cuento estaba enfermo y era necesario atenderlo de inmediato, antes de que se agravara todavía más: la princesa, que debía estar asomándose a la ventana en espera de su príncipe, comenzó a sentirse tan mal que prefirió acostarse. El caballero que luchaba contra un dragón enorme ahora yacía dormido entre algunos matorrales, al lado de la bestia.

El dragón, antes tan dispuesto a devorar al caballero, prefirió recostarse a su lado y, en lugar de lumbre, comenzó a salirle un insignificante hilo de humo negro.

Pájaros ya no había por ningún lado, se habían ido a acurrucar a sus nidos.

Una de las mejores ilustraciones —un oso pintado por Rosy, caminando entre los árboles de un bosque— creyó que ya era tiempo de invernarse y prefirió refugiarse en su cueva, en lugar de seguir buscando comida. Los conejos, las zarigüeyas, los castores, las ardillas y el resto de los animales hicieron lo mismo, estaban decaídos, sin apetito y con fuertes dolores de cabeza.

¡Vaya problema! Pero, lo más desalentador era que, al parecer, tenía que arreglarlo solo.

Por un momento le pasó por la cabeza cancelar el compromiso con la maestra, pero, si decía la verdad, ¿quién se lo iba a creer!?

Por eso, tal vez lo mejor fuera hacer lo posible por aliviarlo; todavía le quedaban algunos días para conseguirlo, y tenía que aprovecharlos.



Lo primero que se le ocurrió fue esperar a que llegara su **papá** para pedirle una opinión. Estuvo esperando cerca de una hora, hasta que por fin llegó.

—Oye, **papá**, ¿a que ni sabes?

—¿Qué? —le respondió su **papá** sin ponerle mucha atención. Estaba distraído, seguramente pensando en los problemas que no pudo resolver en el trabajo.

—Que mi **cuento** está muy **enfermo**.

Por supuesto que el padre de **Daniel** pensó que su hijo quería jugarle una broma. Le puso la mano en la cabeza, le acarició el pelo, le sonrió divertido y se fue a la cocina a buscar algo para comer.

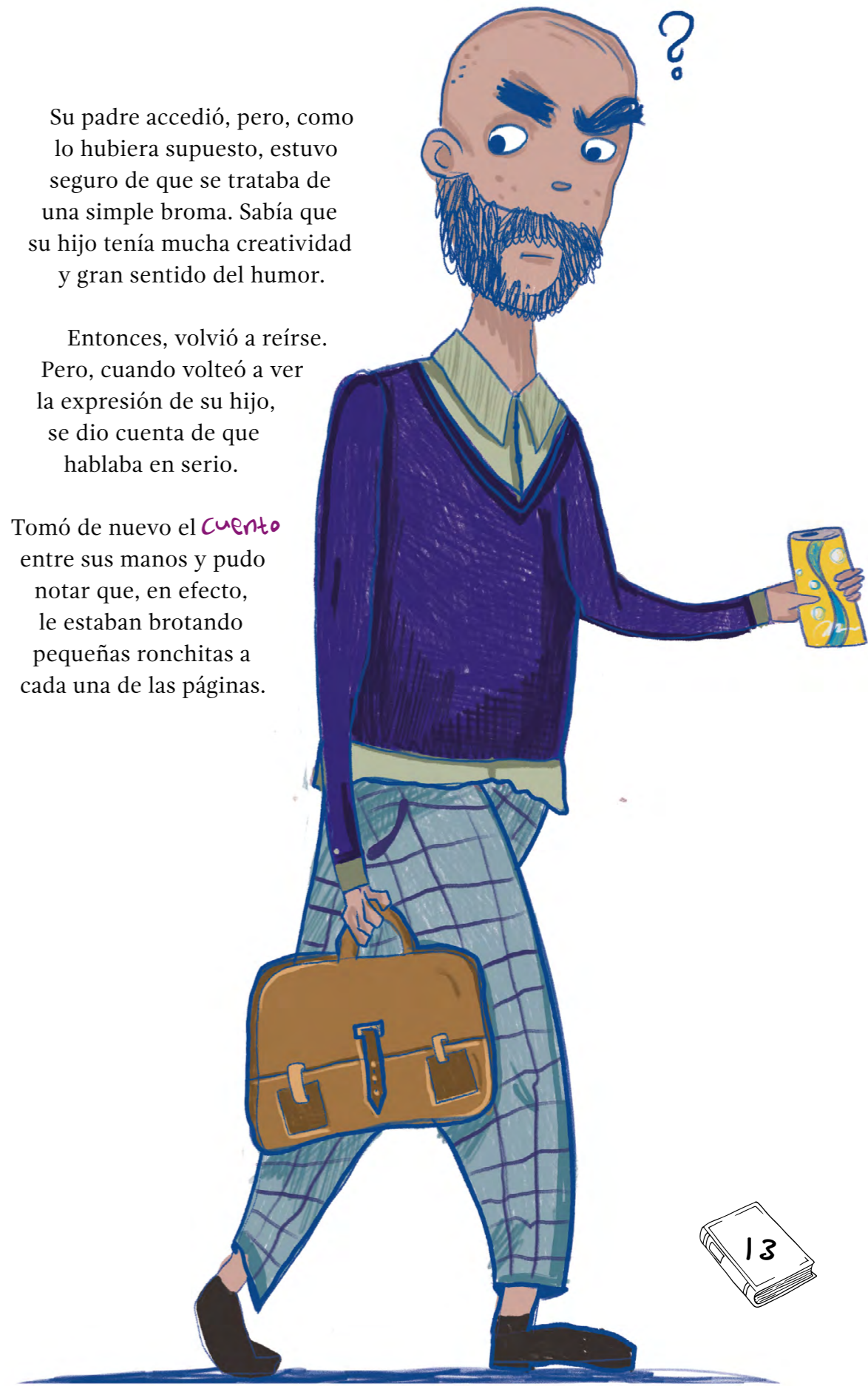
—¡Es en serio, **papá**, si no me crees, ven a verlo!
—le dijo **Daniel** mientras lo jalaba del pantalón antes de que abriera el refrigerador.



Su padre accedió, pero, como lo hubiera supuesto, estuvo seguro de que se trataba de una simple broma. Sabía que su hijo tenía mucha creatividad y gran sentido del humor.

Entonces, volvió a reírse. Pero, cuando volteó a ver la expresión de su hijo, se dio cuenta de que hablaba en serio.

Tomó de nuevo el **cuento** entre sus manos y pudo notar que, en efecto, le estaban brotando pequeñas ronchitas a cada una de las páginas.



—¿Verdad que está **enfermo**, papá?

—Sí, hijo —le contestó su padre sin saber qué pensar o qué decir.

Después de meditar un poco, consternado, le preguntó a **Daniel**:

—¿Y qué piensas que debe hacerse al respecto?

—Creo que debemos llevarlo al **doctor**, papá, ¿no crees?

—Yo pienso que sí —contestó su padre.

Así pues, sin chistar, salieron juntos y se subieron al auto.

Mientras tanto, **Daniel** tomó todas las precauciones pertinentes. Lo arrojó con una franelita y lo acomodó con mucho cuidado a su lado, en el asiento posterior.

Les tomó solo algunos minutos llegar hasta el consultorio del **doctor** que solían visitar cuando él y su hermana se enfermaban. Como había mucha gente esperando, tuvieron que aguardar mucho tiempo antes de pasar a consulta.

Por momentos, **Daniel** volvía a revisar al **enfermo** para saber si su estado evolucionaba o no. Sin embargo, ahora los árboles del bosque, las yerbas del campo y las flores de los jardines comenzaban a marchitarse. Al notarlo, su preocupación aumentó todavía más.



Por fin, después de la espera, tocó su turno. **Daniel** entró confiado al consultorio, el **doctor** lo conocía bien. Aunque, de pronto, se dio cuenta del embrollo en el que se había metido. No era él quien estaba enfermo, sino su **Cuento**.

—Hola, **doctor**, ¿cómo está usted? —le dijo apenado.

—Hola, **Daniel**. Muy bien, ¿y tú?, ¿cómo estás?, ¿qué te trae por aquí?

—Pues... —respondió casi balbuceando, tratando de hacer tiempo para pensar en la mejor forma de decirle al **doctor** por qué había ido a visitarlo.

—Le traigo a un nuevo paciente, **doctor**.

—¿De quién se trata? —preguntó el **médico** desconcertado, mientras volvía la vista detrás de **Daniel** para ver si alguien más entraba con él. Su **papá** se había quedado esperándolo en la sala.

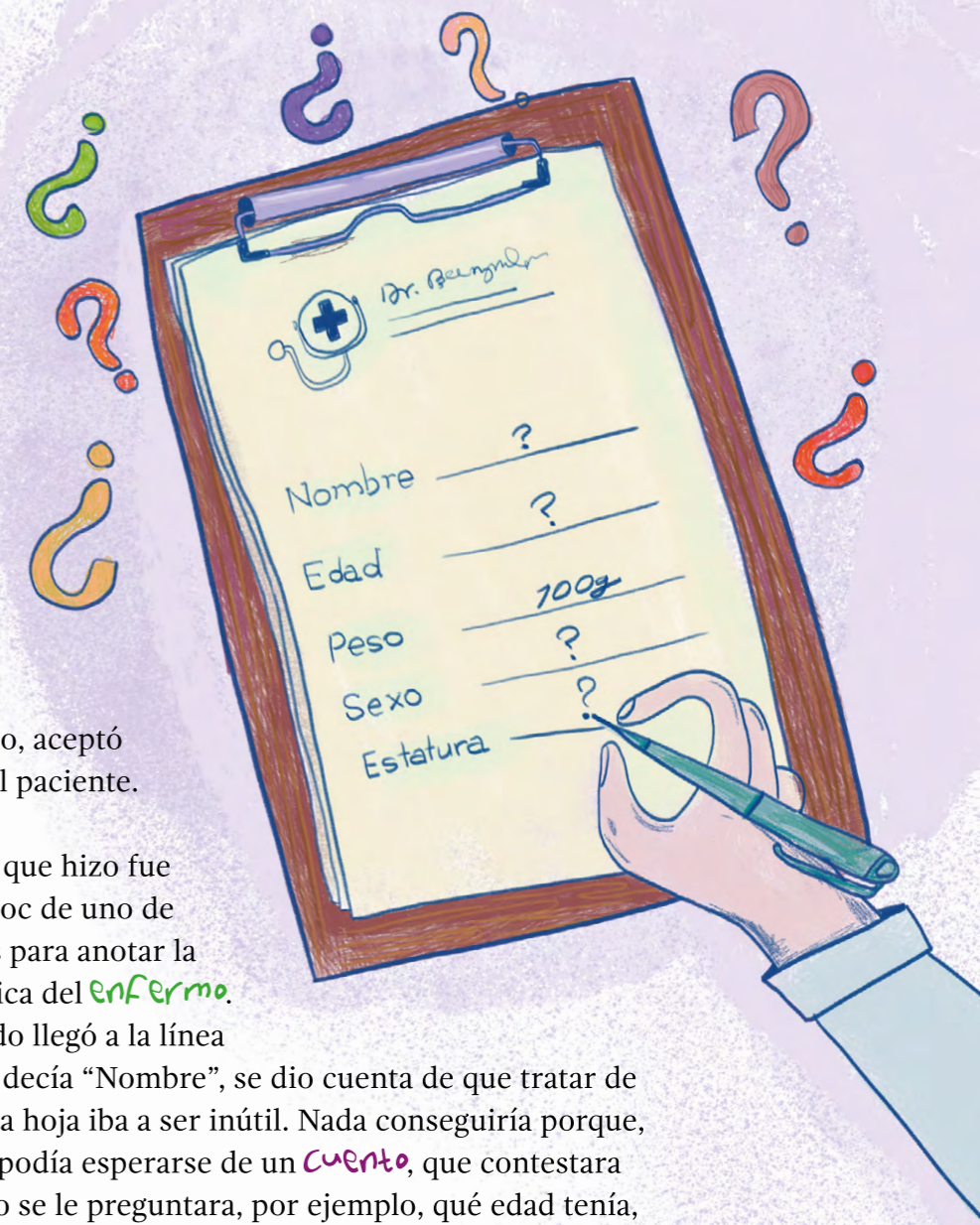
—Es mi **Cuento** el **enfermo**, **doctor** —le dijo, mientras trataba de ocultar su cara ruborizada entre sus hombros. Luego, volteó a verlo para darse cuenta de su reacción.

El **doctor** frunció el ceño molesto. Igual que su **papá**, pensó que **Daniel** le quería jugar una broma de mal gusto.

—Déjeme explicarle, **doctor** —le dijo mientras trataba de encontrar la manera adecuada de aclarar lo que sucedía.

Armado de valor, le platicó poco a poco lo que había descubierto, los cambios sufridos por su **Cuento** y la forma tan extraña en la que los personajes habían desaparecido después de que se fueron a dormir.

A pesar de lo disparatado del relato, el **doctor** se portó como un verdadero profesional; además de que el caso podría resultar curioso y hasta interesante.



Por lo mismo, aceptó reconocer al paciente.

Lo primero que hizo fue sacar un bloc de uno de sus cajones para anotar la historia clínica del **enfermo**.

Pero cuando llegó a la línea donde decía “Nombre”, se dio cuenta de que tratar de llenar la hoja iba a ser inútil. Nada conseguiría porque, ¿qué podía esperarse de un **Cuento**, que contestara cuando se le preguntara, por ejemplo, qué edad tenía, cuánto pesaba, cuál era su estatura y su sexo?

Al considerar estas cosas, decidió regresar el bloc al cajón y mejor pasar a la revisión del paciente.

—Acuéstalo sobre la cama —le dijo a **Daniel**, señalando el lugar donde acostumbraba recostar a sus pacientes para auscultarlos.

Daniel lo acostó, no sin antes quitarle la franelita con la cual lo llevaba cubierto.



El **doctor** se acercó al cuento para tomarle el pulso, pero inmediatamente cambió de opinión. A pesar de su experiencia, seguramente no sabría en dónde se le tomaba el pulso a un **Cuento**, tampoco la presión y esas cosas que los médicos saben hacer muy bien. Solamente quedaba tomarle la temperatura y eso sí sabía cómo hacerlo.

De la bolsa de su bata cogió un termómetro digital muy moderno, abrió el **Cuento** entre las páginas cuatro y cinco, introdujo el termómetro y lo cerró. Luego, esperó un momento para retirar el aparato.

—Nueve grados —dijo para sí con un gesto de duda que no pudo esconder.



—¡Nueve grados! —repitió otra vez para que **Daniel** pudiera escucharlo.

—¿Sabes tú cuál es la temperatura normal de los **Cuentos**? —preguntó absurdamente el **doctor**, verdaderamente interesado en la respuesta.

“¿Temperatura normal?”, pensó **Daniel**.

—No, **doctor**, no lo sé —le respondió.

El **doctor** se quedó meditando un poco.

Cuando tuvo una idea, su cara se iluminó. Sacó un gran **libro** de medicina que guardaba en un gabinete junto con varios más. Lo abrió por la mitad, metió el termómetro, cerró el **libro** y esperó algún tiempo antes de retirar el aparato.

—Siete grados —dijo nuevamente.

Sacó otro **libro**, más chico que el anterior, que parecía ser un simple reporte médico. Volvió a introducir el termómetro; al cabo de un rato, lo retiró para consultarlo.

—Siete punto dos —dijo esta vez.

Cinco veces más hizo lo mismo con otros tantos **libros** que tenía a la mano.

Siete punto cuatro fue una de sus lecturas; tres más de siete punto dos y una última de siete punto cinco. Así que, concluyó, la temperatura normal de los **libros** variaba entre siete y siete punto cinco grados, dependiendo del papel con el que estuvieran hechos, su tamaño y algunas cositas más. Pero, con toda seguridad no debía pasar de los siete punto cinco grados, aunque se tratara de un **Cuento**.

—En efecto —dijo el **doctor**—, tu cuento tiene fiebre, y al parecer ha pescado una fuerte infección.



Luego, como todo buen **médico** que reconoce sus limitaciones, dijo que él no había tenido conocimiento de casos como ese y le recomendó a **Daniel** llevarlo con un especialista.

Un tanto desconsolado y afligido por su suerte, **Daniel** le dio las gracias al **doctor** y salió del consultorio. Por supuesto, no tuvo que pagar la consulta.

—¿Un especialista, un especialista!?! —se quedó pensando. No conocía a ninguno.

Cuando llegaron a su casa, **Daniel** y su **papá** tomaron un poco de leche, se comieron un pedazo de pan y se fueron a acostar.

Daniel reservó en la cama un espacio junto a él para el **enfermo**. A **Rosy** le causó cierta gracia cómo se comportaba su hermano, aunque lo cierto era que también ella se sentía preocupada, puesto que había participado en la elaboración del cuento transcribiéndolo en la computadora y haciéndole algunas de sus ilustraciones.

¡Eso era! ¡La computadora!

Rosy corrió de inmediato para decírselo a su hermano.

—¡Oye, **Daniel**! —Entró a su cuarto tan de pronto, que **Daniel** pegó un salto del susto— Ya sé lo que le está ocurriendo a tu **cuento**.

Daniel volteó a verla y se quedó a la expectativa esperando la respuesta.

—¿Recuerdas el correo que recibimos la semana pasada y que infectó la computadora? Ese virus seguramente todavía ha de andar por allí. ¿No crees?

A **Daniel** se le iluminó la cara de gusto. **Rosy** podía tener razón. ¿Qué más podía haber sido, sino eso?

Al día siguiente, **Daniel** cayó en la cuenta de que si era necesario conseguir un especialista debía hacer todo lo posible por encontrarlo. ¡¿Pero, cómo!?



Estaba muy triste y pensativo cuando su hermana entró a la sala donde se encontraba él. Al ver a su hermano, le preguntó:

—¿Pero qué te pasa, **Daniel**?, quien parece **enfermo** eres tú.

—No, **Rosy**, no estoy **enfermo**, sino preocupado. El **doctor** no pudo ayudarme, no he podido encontrar a un especialista y ya no sé qué hacer.

—¿Ya buscaste en el Internet? —le dijo **Rosy**, acordándose de una idea que le había surgido durante la noche.

—No, todavía no —le respondió **Daniel** sin muchas esperanzas de que por ese medio pudiera encontrar algo. Sin embargo, había que hacer la lucha.



Usando un “buscador”, escribió la palabra **médico**, apretó un botón y al instante aparecieron en la pantalla miles de nombres de **doctores**.

Era demasiado trabajo consultar uno por uno. Escribió ahora: **médicos** especialistas, y la lista se redujo considerablemente. De cualquier forma, apareció un número inimaginable de opciones. Había que depurar aún más la búsqueda.

Puso entonces: **médico de libros**, y ¡ah, sorpresa!, apareció solo uno: “**Dr. Canelón Botijas, médico de libros**”. Oprimió el botón casi mágico que le permitiría saber más sobre él y, al instante, se abrió una página donde venían sus datos al lado de su fotografía. Era **médico de libros** y tenía la especialidad en **cuentos**; por último, su dirección.

Sin tiempo que perder, optó por ir a buscarlo.

Aún era temprano. Así es que fue a despertar a su **papá**, quien acostumbraba levantarse tarde los sábados. Su padre accedió a acompañarlo.

La dirección no estaba tan lejos de su casa; solo esperaban que la vuelta no resultara en balde.

En unos minutos llegaron hasta el consultorio, pero lo encontraron cerrado, y adentro todo parecía estar desierto.

Daniel se desanimó un poco. Luego, se cercioraron de que la dirección fuera la correcta.

Sí estaba bien, porque a un lado había un letrero que decía:

Dr. Canelón Botijas

Médico de libros

Especialista en cuentos

Y más abajo, los horarios de consulta.

De lunes a viernes

de 3:00 a 6:00 pm

y sábados de 10:00 am a 1:00 pm

Como faltaban pocos minutos para las 10, decidieron esperar.

Justo a las 10 de la mañana, con una exactitud como de cronómetro, un taxi se estacionó frente al consultorio. El taxi era conducido por un tipo parecido al de la fotografía que **Daniel** había visto en la computadora. Era el mismo **doctor Botijas**.

Una vez que el **doctor** se bajó del carro, pudieron notar que no era muy viejo, aunque aparentaba más edad porque era bastante calvo. Sus lentes, gruesos, parecía haberlos hecho con vidrios recortados del fondo de un par de botellas de color verde. El **doctor** tenía una sonrisa eterna y bonachona que se antojaba que nunca iba a desaparecer.

Sus orejas eran grandes y terminaban ligeramente en punta en la parte superior. Sus orejas, junto con su escasa estatura, le hicieron recordar a **Daniel** a un personaje de uno de sus cuentos, un gnomo gruñón y corajudo llamado Patón Pateco que, curiosamente, también se dedicaba a curar objetos: cafeteras, radios, teléfonos y... libros.





—Buenos días, **doctor** —le dijo **Daniel**, tomando la iniciativa una vez que el **doctor** estuvo a punto de abrir la puerta de su consultorio—, estábamos esperándolo a usted.

—¿A mí? —le preguntó el **doctor** a la defensiva, a la vez que sacaba la llave de la cerradura mientras se cercioraba de las verdaderas intenciones de quien le hablaba.

Por alguna razón se mostraba desconfiado. Y es que había gente que pasaba con frecuencia a burlarse de él y de su profesión.

Además, desde que había terminado de estudiar solo había tenido algunos pacientes, y eso que ya llevaba mucho tiempo de haber salido de la universidad.

—¿Qué se les ofrece? —preguntó el doctor digiriéndose a **Daniel**.

—Mi **cuento** está **enfermo**, **doctor**, y quise traérselo para que lo atendiera.

Un tanto sorprendido, volteó a ver las hojas que **Daniel** llevaba envueltas en una franelita. Luego, más confiado, volvió a meter la llave en la cerradura, abrió la puerta y los invitó a pasar. Entonces, le pidió al **papá** de **Daniel** que tomara asiento en la sala de espera y a él le hizo una seña para que lo siguiera.

—¿Me permites ver tu **cuento**? —le dijo—. Vamos a ver, vamos a ver... mmmm... Veamos qué tenemos por aquí... mmmm

Al tomar las hojas entre sus manos, sus ojos brillaron de satisfacción.

—Un excelente original —dijo entre dientes.

—Pero **Daniel** pudo escuchar perfectamente lo que había dicho.



El **doctor** se veía contento. Después de mucho, iba a poder atender a un nuevo paciente.

Se alegró al pensar que si los **enfermos** comenzaban a llegar a su consultorio probablemente ya no tendría que trabajar conduciendo su taxi por las mañanas y noches para poder vivir.

No era que le desagradara manejarlo, le gustaba recorrer de un lado a otro la ciudad y platicar con los pasajeros, pero preferiría dedicarse de tiempo completo a su profesión.

Con mucho cuidado, arropó al **enfermo** como si fuera su propio bebé. Luego, lo recostó sobre una pequeña camita y lo cubrió con una sabanita azul. Después, fue a su escritorio y sacó de dentro de uno de sus cajones un paquete de hojas.

En la parte más alta de una de ellas se podía leer: “Formulario”.

Allí anotó el título del **Cuento**, su tamaño, el peso y el número de páginas que tenía; también el tipo de letra con el que estaba escrito y, por último, el tema y cómo eran las ilustraciones.

—Qué bonito **Cuento** tienes, te felicito
—le dijo a **Daniel**, halagándolo.

Daniel se apenó un poco. En efecto, se sentía orgulloso de él.

Más tarde, el **doctor** sacó de un pequeño frasco un extraño termómetro y lo introdujo con cuidado justo a la mitad del paciente. No tardó mucho en retirarlo, escasos 15 o 20 segundos, y lo analizó con detenimiento.

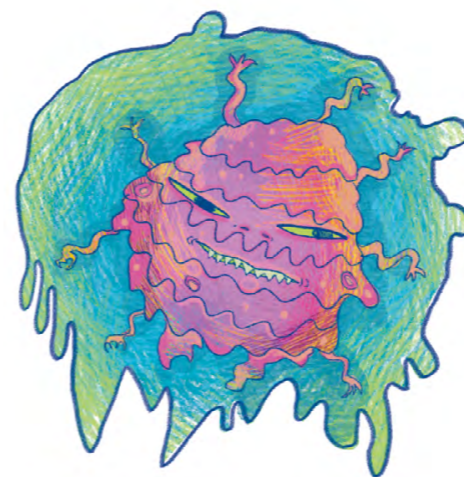
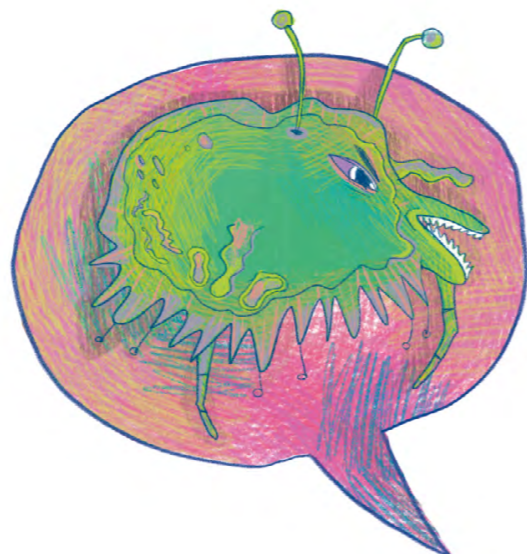
—¡Pero, por Dios! —exclamó un tanto preocupado—
¡Nueve grados! ¡Esta criatura está hirviendo en fiebre!



Al ver la expresión del doctor **Daniel** se alarmó, y seguramente el **doctor** se dio cuenta porque, para tranquilizarlo, le dijo:

—Bueno, no te preocupes. Si bien es cierto que nuestro paciente viene muy **enfermito**, todavía no es de gravedad. Peor hubiera sido que los castillos estuvieran derrumbándose y los ríos se encontraran secos.

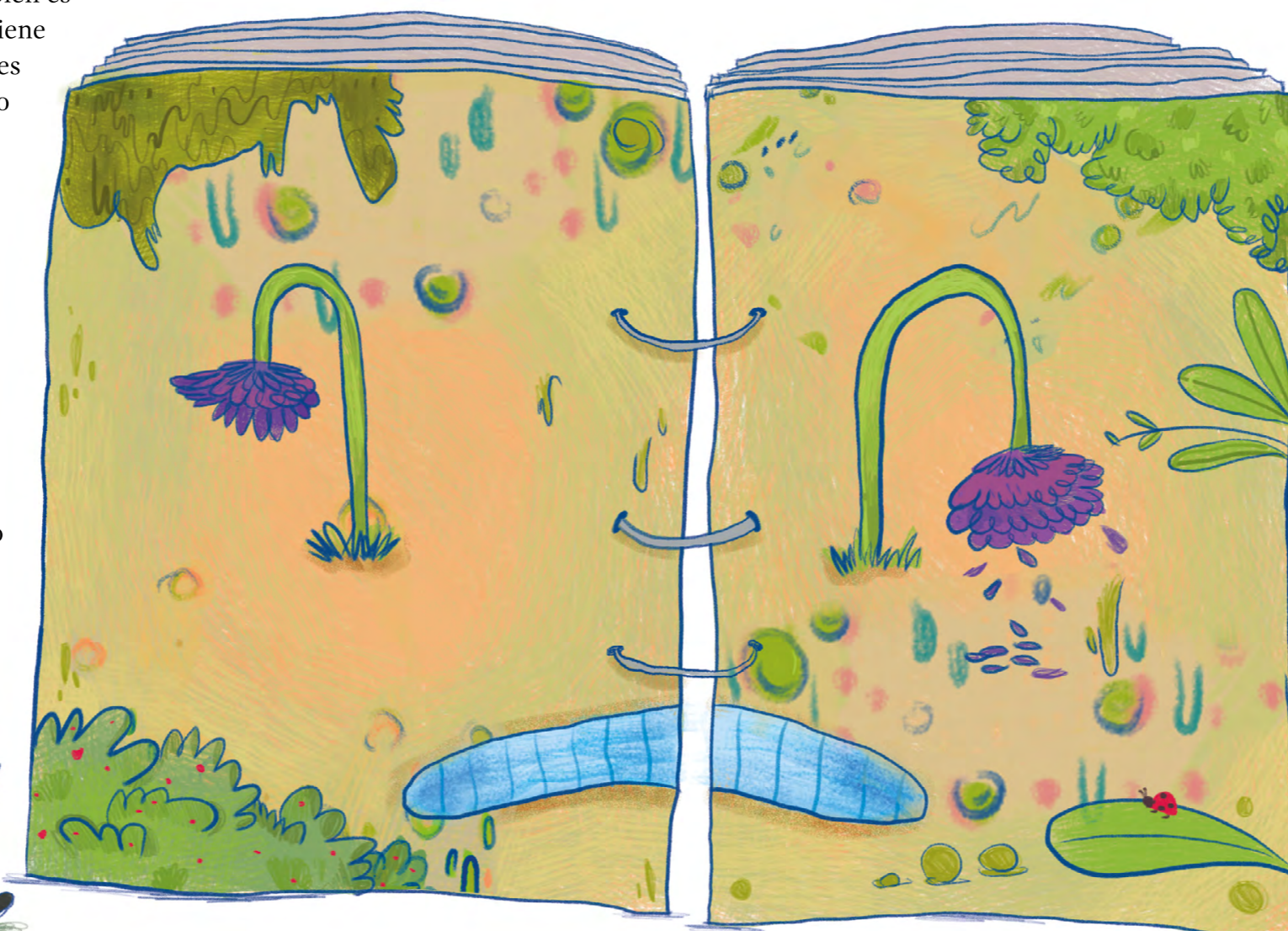
Entonces, sí que habría motivos de alarma. Pero, como veo, apenas se han empezado a secar los árboles y a marchitar las flores, señal de que aún estamos a tiempo para curarlo. Debe tener un virus informático —le explicó confiado, orgulloso de sus conocimientos.




Rosy tenía razón.

—Pues verás —siguió con su explicación—, aunque no lo creas, los **Cuentos** suelen enfermarse con frecuencia. Nada más que antes se contagiaban con los lápices, las plumas o con las máquinas de escribir. Si se usaban estos instrumentos, la infección casi siempre era ligera y el cuento comúnmente se aliviaba solo, por sí mismo, y rápido. Por eso la gente no se daba cuenta de lo que ocurría. Pero ahora, con los virus que andan todo el tiempo por las computadoras, los contagios suelen ser de gravedad. Pueden contagiar hasta bibliotecas enteras.

El **Dr. Canelón** siguió revisando al **enfermo**.





Después de haber visto a través de una lupa página por página, anotó en su formulario: “virus informático, dosis para **enfermo** grave”.

—Tendremos que preparar un medicamento especial para este **enfermito** —vociferó como pensando en voz alta—. Muy bien, muy bien —volvió a decir una vez que hubo terminado de hacer su diagnóstico—. Tu **cuento** tiene un fuerte virus que ha contagiado todas sus páginas y va a requerir de varias dosis de medicamentos que ahora mismo voy a prepararle.

Daniel se dio cuenta de cómo el **doctor** tomaba cantidades distintas de polvos finísimos, como el talco, de frascos muy extraños y de increíbles formas, guardados en un gabinete al fondo de su consultorio.

Los polvos eran de los más diversos colores. Los había azul metálico, pero también rojos como la sangre; amarillos, verde brillante, púrpura y hasta negros como la noche, y que despedían olores penetrantes y desconocidos.

Los mezcló perfectamente hasta que estuvieron bien combinados. Después, con una especie de plumero de cerdas finísimas, esparció el compuesto meticulosamente y con mucha paciencia por cada una de las hojas.

Cuando hubo recorrido todas, volvió a hacer lo mismo desde un principio, para cerciorarse de que no le hubiera quedado algún sitio por cubrir. Luego, volteó a ver su reloj y se dispuso a esperar algún tiempo para ver el resultado.

Curioso por saber qué sucedía con su papá, Daniel se dio cuenta de que trataba de asomarse por entre los cristales de una pequeña ventana para ver lo que pasaba. Entonces le hizo una seña de que todo estaba bien y su papá volvió a su lugar en la sala de espera.

Para entonces, Daniel ya comenzaba a sentirse un poco más confiado. El doctor estaba dando claras muestras de saber perfectamente lo que hacía.

—Aplicada la primera dosis —dijo en voz alta—, vamos a ver si ya cedió la temperatura.

El termómetro marcó siete punto dos.

—¡Bravo! —exclamó el doctor.

Daniel se puso feliz.

—Ahora debemos limpiarlo muy bien y aplicarle algunos de los otros polvillos que tengo por allí para reforzar el tratamiento.

Daniel constató que todo resultaba de maravilla. Los árboles comenzaron a reverdecer otra vez; las yerbas del campo y las flores de los jardines habían cobrado su original esplendor.

Hasta notó cómo la princesa se asomaba por la ventana para ver si su príncipe amado se encontraba de camino hacia el castillo. Ahora solo faltaba esperar a que el resto del cuento fuera restableciéndose poco a poco.



Con una mirada de satisfacción, el **doctor Canelón** tomó el cuento de **Daniel** con mucho cariño y se lo entregó para que lo cargara. Luego, sin esperar más, anotó sobre una hoja lo que debía hacer:

Tenerlo en reposo durante todo el día, y bien cubierto con algún paño negro para que no le dé cualquier tipo de luz.

Al día siguiente, volver a aplicar una dosis igual como la aplicada anteriormente.

Más abajo, también escribió las instrucciones para el uso de los polvillos, cómo combinarlos, las porciones de cada uno y la forma de esparcirlos.

En seguida, se levantó de su escritorio y le entregó a **Daniel** algunos frasquitos con los polvos necesarios para continuar con el tratamiento.

Sin que quedara más por hacer, le extendió un recibo donde venía especificada la cantidad por concepto de sus honorarios.

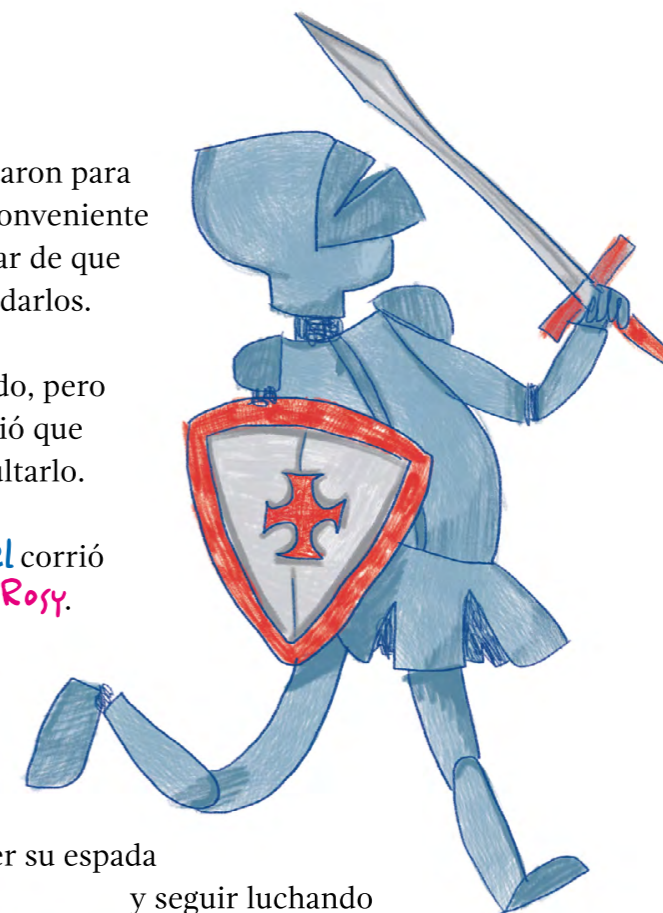


Los ahorros de **Daniel** alcanzaron para cubrirlos y no tuvo ningún inconveniente en pagarlos él mismo, a pesar de que su **papá** se ofreció a liquidarlos.

Daniel se despidió agradecido, pero el **doctor** también agradeció que hubiera decidido ir a consultarlo.

De nuevo en su casa, **Daniel** corrió a mostrarle su cuento a **Rosy**.

Para entonces, el caballero que debería estar peleando contra el dragón ya se había parado del sitio donde estuvo durmiendo, para coger su espada



y seguir luchando ferozmente contra su enemigo. Prueba evidente de su segura recuperación.

Al día siguiente, cada personaje ya estaba en su lugar. Páginas más adelante, la princesa se hallaba en el balcón mostrando una hermosa sonrisa. Se le veía muy contenta porque el apuesto príncipe, a quien esperaba con ansias, estaba a punto de cruzar la puerta del castillo, lleno de salud y felicidad, después de haber vencido al terrible dragón.





En otra página, los conejos, las zarigüeyas, las ardillas y demás animales del campo saltaban alegres entre los arbustos y sobre los troncos de los árboles mientras jugueteaban felizmente; los pájaros habían vuelto a cubrir los cielos azules con sus vuelos. El único que todavía no se veía por ningún lado era el oso, que seguía dormido dentro de su cueva. Pero no había de qué preocuparse, quizá en cualquier momento saldría para ocupar el lugar que **Rosy** le había asignado en el bosque.

Por la tarde, todo el **Cuento** había recobrado la normalidad y los comentarios de la familia se convirtieron en nuevos temas y proyectos para otros **Cuentos** que luego escribiría **Daniel** y que su hermana le ayudaría a ilustrar.

Por qué no, decían, hacer **libros** que misteriosamente se enfermaran y tuvieran que acudir con extraños magos de lejanos lugares para poder encontrar su cura; y otros tantos por el estilo.

El lunes esperado, **Daniel** se levantó temprano, mucho antes que de costumbre, y lo primero que hizo fue ir a revisar su **Cuento**. Parecía como si nada le hubiera ocurrido.

En la escuela, la lectura resultó un éxito. Después de la ceremonia mucha gente se acercó a él para felicitarlo.

Por su parte, el **doctor Canelón** sigue llegando puntualmente a su consultorio de lunes a viernes de 3:00 a 6:00 de la tarde, y los sábados de 10:00 de la mañana a la 1:00 de la tarde.

Para comprobar que se ha llegado al lugar correcto, a un lado de la puerta deber haber un letrero que dice:

Doctor Canelón Botijas

Médico de libros

Especialista en cuentos



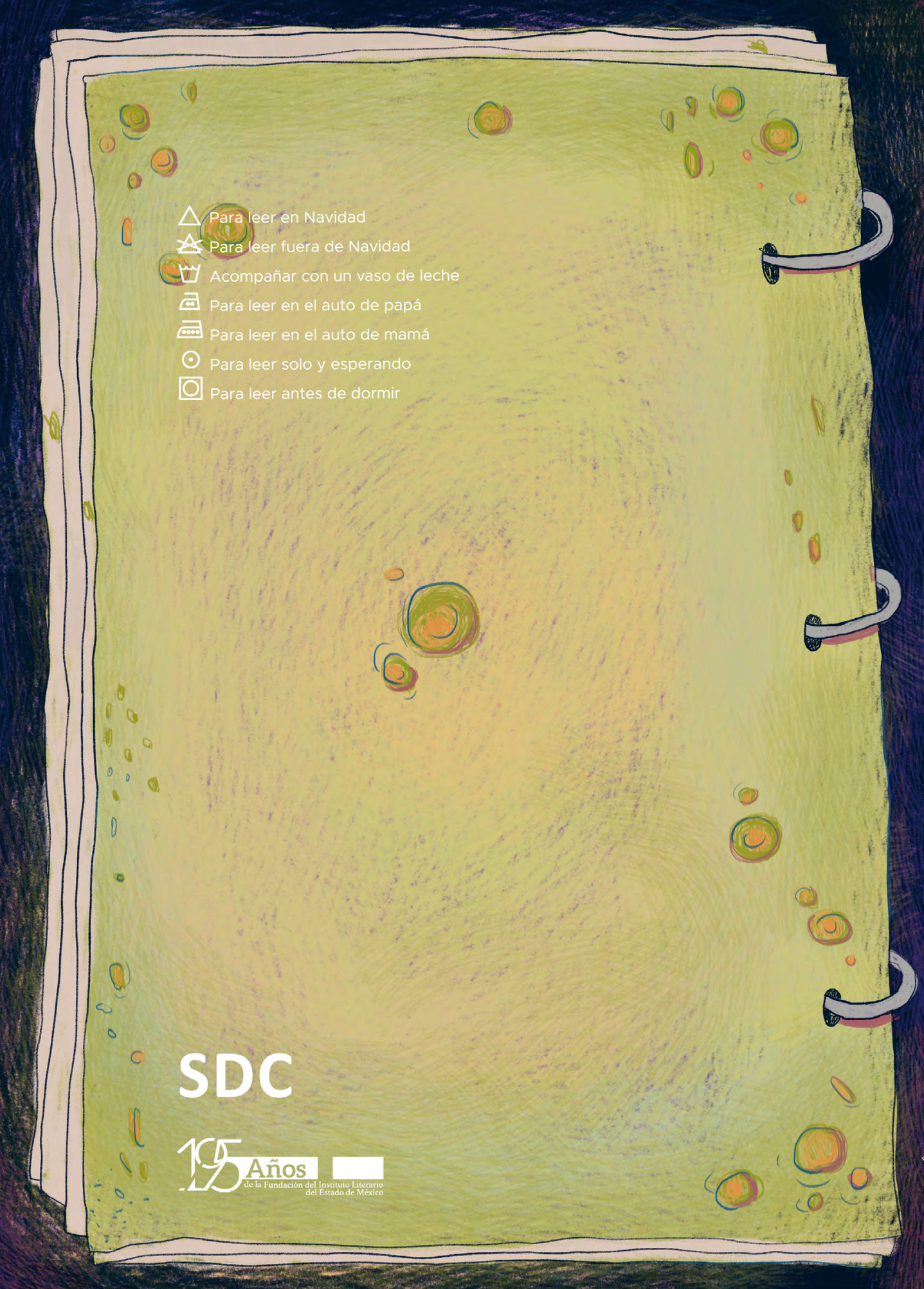
Ricardo Cuéllar Santín

Estudió algunos semestres de las carreras de Físico-Matemáticas e Ingeniería Mecánica (IPN y UNAM), estudió pintura (La Esmeralda), seis años de música (ENM, UNAM) y también Filosofía (UAM). Tiene una maestría en Edición (Caniem-UdeG). Es editor de profesión y ha trabajado en el medio editorial por alrededor de 30 años. Como escritor, ha publicado tres libros de cuentos: *Puros cuentos*, *Catador de sueños* y *El sendero de las flores* (los dos últimos en coautoría). Dos novelas: *Sobre papel de estraza* y *Paniluh y la Muerte*. Otro más: *Saber correr*, con temas de interés general para corredores. Además, publicó tres biografías noveladas: *Rodolfo Gómez. A contraviento*; *Arturo Barrios. 27:08:23*; y *Ricardo Mejía. El rey de las montañas*. Como atleta, perteneció a la llamada “Época de oro del atletismo” en México. Dentro del *ranking* nacional, es considerado uno de los mejores corredores mexicanos. Ha sido campeón nacional de atletismo; ha participado en varios campeonatos mundiales en la categoría máster, y ha corrido en los maratones más importantes del mundo.



Cristina Buenrostro Sánchez, *Crispimienta*, es ilustradora y dibujante independiente, egresada de la licenciatura en Diseño Gráfico de la UAEMÉX. De día, trabaja como diseñadora, y de noche, como ilustradora. Se considera fanática de la autopublicación, de las viñetas y del humor gráfico. Ilustró los cuentos infantiles: *Milo, el héroe de dos reinos*; *Conociendo a Sofía* y *Ya no quiero ser un gánster* (todos del sello editorial UAEMÉX). *Crónicas de un cuaderno de dibujo* es su publicación más reciente, editada por la UAEMÉX y el CEAPE.



- 
- △ Para leer en Navidad
 - ☆ Para leer fuera de Navidad
 - 👑 Acompañar con un vaso de leche
 - 🚗 Para leer en el auto de papá
 - 🚗 Para leer en el auto de mamá
 - ⊙ Para leer solo y esperando
 - ⊠ Para leer antes de dormir

SDC

15 Años
de la Fundación del Instituto Literario
del Estado de México